



# DESAFÍOS PARA EL 2020

Hemos cambiado de agenda, de carpetas... Aprovecho el comienzo del año para repasar pensamientos anotados durante el que se fue. La mayoría de ellos compartidos con otras personas, unos pocos solo míos. Mientras los repaso, y ante este 2020 que se nos brinda todavía extenso e impoluto, la imaginación me lleva al terreno de lo que este tiempo podría ser para la Iglesia, lo que debería ser.

¿QUÉ desafíos deberíamos atender prioritariamente este año como Iglesia? ¿En qué proyectos o actividades nos empeñaremos? ¿Cuáles han de ser, hoy, los objetivos de nuestra misión? Para ordenar un poco las ideas me pongo a escribir estas líneas que te ofrezco, por si te sirvieran en tu propia reflexión.

¿A qué nos referimos cuando hablamos de «iglesia»? ¿Una multinacional de lo religioso? ¿El Papa, los obispos, los curas y las monjas...? ¿Un ente de contornos imprecisos, extraño, lejano? ¿Una antigualla histórica a punto de extinción como ser vivo? Primer desafío: necesitamos entender y practicar la Iglesia como un lugar vivo, una red de lugares vivos.

Digo «lugar» porque quiero ir más allá de un «ideal», y referirme a una realidad cercana y accesible, un espacio de vida cristiana fácilmente identificable y visible. Es un «lugar» porque es un sitio al que se puede invitar a conocer. Digo «vivo» porque allí hay actividad, animación. No es un monumento ni una ofi-

cina; tampoco es un local de dudoso dinamismo. Hay «vida» porque hay una fe compartida por un grupo de personas afectiva y efectivamente vinculados por ella. ¿No necesitamos preguntarnos por la vitalidad elemental de nuestra iglesia concreta? ¿No hemos de cuidar más nuestra visibilidad? ¿No necesitamos atender más la dimensión comunitaria (*quiénes y qué somos*) y no insistir tanto en la tarea (*qué hacemos*)? ¿Somos realmente conscientes de que sin convivencia no hay Iglesia?

¿Quién no conoce la actividad de Cáritas, Proyecto Hombre, Manos Unidas, Entreculturas, misioneras y misioneros, acompañamiento de enfermos, de personas privadas de libertad y un largo etcétera de obras sociales de la Iglesia? ¿Por qué este compromiso de caridad y justicia, teóricamente reconocido como eclesial, no parece afectar significativamente a la valoración social de la Iglesia? ¿Valoramos los propios creyentes esta actividad como «nuestra»?

Al mismo tiempo que muchos consideran que la actividad social de la Iglesia es su mejor carta de presentación, podemos estar incurriendo en una dislocación entre los grupos que las desarrollan y el resto de la comunidad eclesial. Algo así como si hubiésemos «delegado» la solidaridad con los necesitados y la lucha contra la pobreza en unos especialistas, desentendiéndonos, el resto, de esta preocupación. ¿No tiene que recuperar centralidad el ideal de una Iglesia samaritana? ¿El servicio a los que sufren es una caridad vivida por todos? Segundo desafío: que todos vivamos la caridad como sensibilidad y disposición permanente.

A veces me pregunto si habrá en Europa alguna otra institución con tanta evaluación y autocrítica como las que practica la Iglesia. Ahí tenemos, como muestra, la enseñanza del papa Francisco, pero creo que bastaría asomarse a nuestras conversaciones, revisiones y diagnósticos para comprobar que no nos evitamos el reconocimiento de responsabilidades, limitaciones, errores y fracasos. No me parece mal que sea así: nos ayuda a no endiosarnos, a vacunarnos contra la tentación farisea, a pedir perdón y a reparar males de los que tenemos una responsabilidad...

Sin embargo, y dicho lo anterior, creo que en cuanto se refiere a la misión de la Iglesia, podemos caer en una especie de error de atribución si cuando buscamos las posibles causas del actual declive del cristianismo nos las adjudicamos todas, como Iglesia, olvidando o minusvalorando otros factores externos.

¿De verdad que las dificultades para proponer el evangelio, aquí y ahora, son –fundamentalmente– nuestras incoherencias, mediocridades y faltas? ¿No tendrá algo que ver una cultura cuyos valores emergentes son individualismo, consumismo, materialismo, presentismo y aceleración? ¿Somos raramente conscientes de que vamos contracorriente? ¿Somos ingenuos y poco críticos? Tercer desafío: practicar una crítica social que nos haga más realistas.

Aunque es cierto que cada vez más las mujeres van accediendo a puestos de gran responsabilidad

eclesial, hemos de reconocer que vamos muy despacio y que aún está pendiente la cuestión de la admisión al ministerio ordenado, verdadera piedra de toque en este asunto.

Suele decirse que este desafío nos importa sobre todo en occidente, precisamente en aquellas iglesias que parece que menos aportaremos al catolicismo en el futuro próximo. No lo sé, pero cada día resulta más chocante la imagen de una autoridad eclesial solo masculina en una sociedad en la que las mujeres no tienen ya obstáculos legales para ser legisladoras, gobernantes, empresarias, líderes mediáticos, jueces o profesionales con el mayor reconocimiento social. Por otra parte, no consigo entender que del Nuevo Testamento pueda deducirse una negativa a lo que se plantea. ¿Para cuándo un diálogo eclesial sobre este tema? ¿Dónde están los escollos para tratarlo? ¿No podrían ir abriéndose algunos caminos aceptables para la mayoría? Cuarto desafío: expresar el deseo de un desatascos de este tema en la Iglesia universal.

Las peculiares relaciones económicas entre la Iglesia y el Estado en España, ¿ya desde Mendizabal?, nos han traído a esta situación oscura respecto a la financiación y el patrimonio eclesiales. La mayor parte de la ciudadanía desconoce cuánto, cómo y por qué colabora la administración tributaria con el sostenimiento de la Iglesia y de su actividad. Lo mismo que son muchos los que consideran

que la Iglesia es rica, que no debe cobrar nada por sus distintos servicios (supuesto que «el estado le paga»), o que debería mantenerse como los ángeles, ¡del aire!

¿No es tiempo de tomarnos en serio lo de la autofinanciación? ¿Estamos realmente de acuerdo en que los creyentes hemos de asumir un compromiso económico con nuestra Iglesia? ¿Asumimos la obligación de ser transparentes en nuestras cuentas? ¿Pediremos la ayuda de dinero público que como parte de la sociedad civil nos pueda corresponder, sin complejos, pero también sin privilegios? Quinto desafío: un ajuste económico y patrimonial, ético, sostenible y autofinanciado.



Vamos contracorriente en medio de una cultura individualista, consumista y materialista.